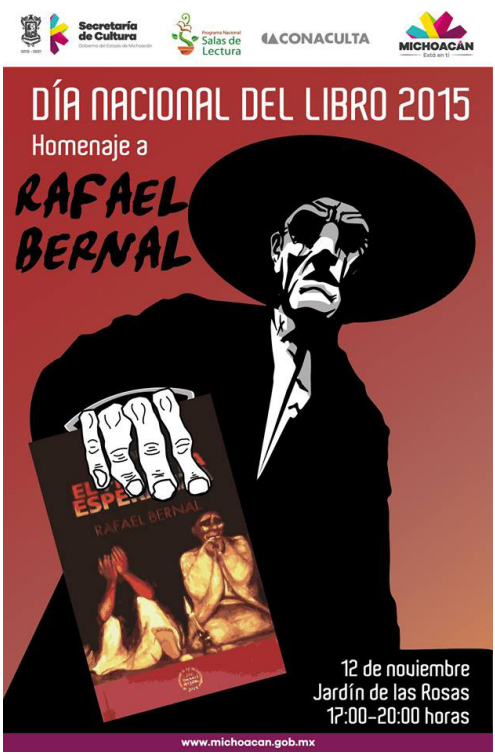
Raúl Casamadrid,
ENES, Unidad Morelia, UNAM

Rafael Bernal: la fugacidad de lo permanente[1]



El año pasado se cumplieron cien del nacimiento de tres escritores fundamentales en las letras mexicanas: Paz, Huerta y Revueltas. Los homenajes que se les rindieron a todo lo largo y ancho del país fueron una oportunidad maravillosa para recordar su obra y para revisar sus aportaciones no sólo en el terreno de lo literario, sino en el ámbito de lo cultural.

Resultó de gran interés poder observar que el recuerdo de estas figuras nos permitía echar un vistazo hacia aquella segunda década del siglo pasado, y mirar el contexto en el que se desarrollaba la vida de los mexicanos nacidos en la posrevolución, en un mundo donde apenas existían los autos, la luz eléctrica y los teléfonos, y para el cual pasarían décadas antes de la llegada de la televisión, de las computadoras, de Internet, los celulares y todos los avances tecnológicos y científicos que ahora son cosa cotidiana

En 1915, hace cien años, nacieron —en México y en el mundo— personajes que marcarían su transcurrir por la vida con un sello de importantes logros. Vio la luz ese año —por ejemplo— en Veracruz, Rafael Solana, el escritor que fundara la *Revista Taller* en cuyas oficinas coincidieran, cuando apenas eran jovencitos veinteañeros, Octavio Paz, Efraín Huerta y José Revueltas; en 1915 nacieron, en otras latitudes, personajes como la exquisita cantante francesa Edith Piaf, el genial Orson Welles, la bellísima actriz Ingrid Bergman, Frank Sinatra y Anthony

1 Palabras pronunciadas el 12 de noviembre de 2015 durante el Homenaje a Rafael Bernal el Día Nacional del Libro en *Las Rosas* del Centro Histórico de Morelia.

Quinn. Y aquí, artistas como Germán Valdés, *Tin–Tan*; el *Faraón de Texcoco* Silverio Pérez; Gabriel Vargas, creador de *La Familia Burrón*; el rector Javier Barros Sierra y escritores de la talla del cuentista Edmundo Valadez, del periodista Alejandro Avilés, el poeta Ramón Martínez Ocaranza y, en la Ciudad de México, Rafael Bernal García: poeta, maestro, dramaturgo, novelista, cuentista, publicista, traductor, historiador, diplomático, escritor y guionista de cine, radio y televisión.

Descendiente de una aristocrática familia compuesta por hacendados, diplomáticos, abogados e historiadores, Bernal salió del país a los quince para estudiar el bachillerato en Filosofía y Letras en el Loyola College, regentado por jesuitas, en Montreal. Según Xabier Coronado, ya tenía el virus del viajero en el cuerpo, pues a partir de entonces recorrió los Estados Unidos, Europa, Centroamérica, Sudamérica, las Filipinas y muchos países más de Asia y de todo el mundo, ya como diplomático, profesor, investigador o periodista.

En 1938 Rafael Bernal, con apenas 23 años, incursionaba en el cine como guionista, argumentista y productor asociado. Realizó un par de películas de tema taurino: primero *Juan sin miedo* y, al año siguiente, *Mujeres y Toros*, con la participación de estrellas como Jorge Negrete, Emilio Tuero, Carlos Orellana y Emilio, *el Indio* Fernández. Las dos películas contaron con la presencia estelar de Juan Silveti, a la sazón uno de los toreros más famosos de la época y, con el tiempo, patriarca de cuatro generaciones de matadores. Ambos filmes se rodaron bajo la dirección del tapatío Juan José Segura —quien, por cierto, también era pintor, escritor y escenógrafo.

Como escritor, antes de los 45 años Bernal ya contaba con una larga lista de títulos publicados, obras de teatro y de conferencias impartidas. Como reportero también había cubierto para los periódicos *La Prensa*, *Novedades* y *Excélsior* el estallido de la Segunda Guerra Mundial desde Europa, donde estudió cinematografía. Antes ya había vivido en la inhóspita y dura selva chiapaneca plantando plátano y conociendo el trópico que alimentaría, después, los temas y personajes de algunas de sus obras.

Es el caso de la novela *Su nombre era Muerte*, de 1947, una extraña e inquietante obra de ficción científica sobre un misántropo que escapa a la selva y logra comunicarse con los mosquitos ¡por medio de una flauta! Este texto Bernal lo dedica a la selva chiapaneca, es, nos dice Vicente Francisco Torres Medina, "una incursión en el relato de ficción científica porque leemos las memorias alucinadas de un hombre que ha logrado interpretar el lenguaje de los moscos para reordenar el mundo en donde reina la desigualdad". Resulta, también, un acercamiento al relato indigenista "porque el narrador vivió entre los lacandones para enseñarles a cultivar la tierra y a criar ganado". El poeta y crítico literario Xalbador García contextualiza el discurso de esta novela al interior de la Unión Nacional Sinarquista (UNS), agrupación política en la cual

Bernal llegó a ser secretario de Finanzas. Según García, la obra constituye una denuncia de las acciones que se gestaron dentro del movimiento y con las cuales el narrador estaba en desacuerdo: "La narración está en clave para denunciar los abusos de poder que se daban dentro de la UNS, una organización con los mejores valores humanos y religiosos que, a la vista del autor, cedió a intereses de banqueros y terratenientes".

El prólogo que nos obsequia la Asociación Nacional del Libro, A.C. para la presentación conmemorativa de *El fin de la esperanza* —originalmente publicado en 1948— fue escrito por Alfonso de María y Campos, y nos ilumina sobre la vida y obra del escritor que este año alcanza su primer centenario. Se trata de un texto que abunda, con especial lucidez, sobre el trayecto de una vida en donde Bernal observó siempre —como expresara en sus informes Daniel Escalante, embajador de México en Perú durante 1967— "una conducta oficial y privada irreprochable [y que fue] dueño de una amplísima cultura de filiación mexicanista".

Conocido especialmente por ser el creador de la obra fundacional del género negro en México con *El complot mongol* (su última novela), lo cierto es que su labor creativa va mucho más allá. Su producción literaria llega a casi una treintena de obras en todos los géneros, sin contar con muchos artículos dispersos y obras diversas que no alcanzaron aún a verse impresas. Bernal fue amante del océano y sus historias; en 1950 sale a la luz *Gente de mar,* obra con que incursiona en la historiografía y, sobre todo, en lo que sería una de sus grandes pasiones: el mar. Alfonso de María define al texto como "una auténtica biografía del mar Pacífico"; para él, el autor es un apasionado de la lectura de los mapas, un conocedor de las embarcaciones y un amante de la geografía. Por otro lado, el escritor y crítico José Luis Martínez la califica como un muestrario de la pasión que Bernal sentía por el océano, sus historias y los hombres que lo han surcado.

Para Xavier F. Coronado, "la historia de la literatura está llena de olvidos. Olvido de autores, de obras y hasta de personajes. Afortunadamente, tarde o temprano, cada autor ocupa el lugar que le corresponde dentro del ámbito literario que le tocó vivir". ¿Qué motivos —se pregunta el investigador— han relegado a un plano secundario la obra de Rafael Bernal? En primer lugar —se responde— la carencia de un estudio exhaustivo de su obra pues, a pesar de haber sido tratada por críticos y escritores como Vicente Francisco Torres, el propio Alfonso de María, Eduardo Antonio Parra, Alejandro Avilés, Francisco Prieto y, más recientemente, por Martín Solares, Joserra Ortiz y Benito Taibo, se trata de artículos de poca extensión. Otro motivo es, quizá, el de sus ideas políticas de corte sinarquista y confesional; a esto hay que sumar que la mayoría de sus libros fueron publicados en editoriales pequeñas y casi desconocidas

y, finalmente, al hecho de que, por radicar durante gran parte de su vida en el extranjero, estuvo ausente de los círculos literarios de México, motivo que dificultó tanto la difusión de sus obras como la promoción del autor. Por ello el escritor y periodista argentino Mempo Giardinelli opina que se trata de "un grande olvidado injustamente".

Bernal no sólo se limitó a resolver los enigmas de la novela policíaca sino que también abordó relatos contrarrevolucionarios, novelas de la selva, obras de teatro, historias de cartografía y libros sobre piratas. Antes de *El complot mongol* Bernal ya había incursionado en el género policiaco; Luis Carlos Sánchez comenta que en 1946 la editorial Jus le publicó los libros *Un muerto en la tumba*, *Tres novelas policiacas* y los cuentos *La muerte poética* y *La muerte madrugadora,* que formaban parte de la revista *Selecciones Policiacas y de Misterio,* "donde no es Filiberto García el protagonista, sino el detective Teódulo Batanes, que habría sido creado por Bernal teniendo como modelo al padre Brown, de Chesterton", y cuyo nombre habría surgido como anagrama del nombre del pionero de la arqueología moderna en México: Leopoldo Batres (1852–1926).

A propósito del centenario del natalicio del escritor, el Fondo de Cultura Económica anunció el rescate de algunas sus obras policiacas tempranas, así como una coedición de *El gran océano* y de la versión como novela gráfica de *El complot mongol*, con guión de Luis Humberto Crosthwaite y dibujos de Ricardo Peláez. De esta novela se realizó una versión cinematográfica en 1977, dirigida por el vasco Antonio Eceiza y protagonizada por Pedro Armendáriz Jr., y este año el cineasta Sebastián del Amo ha proyectado llevar adelante la producción de una nueva versión, esta vez, estelarizada por el español Carlos Bardem y el michoacano Damián Alcázar.

Vicente Francisco Torres apunta que son cinco las obsesiones capitales en la obra de Bernal, a saber: la narración policíaca, el cristianismo, la selva como un espacio corruptor, el mar con sus habitantes y el fracaso de la Revolución hecha gobierno. Se podría decir que Bernal practica la prosa contrarrevolucionaria pues no sólo critica la gesta de 1910 por la corrupción que reinó en su proceso, también recuerda el despojo que a raíz de ella sufrió su familia. Según Torres, su narrativa está inserta "en el regionalismo y en el asedio del gran tópico de la literatura hispanoamericana: el de la civilización y la barbarie".

Bernal fue catedrático de Historia en varias universidades de México y del extranjero. En 1956 llegó a Caracas y se desempeñó como gerente de producción de Televisión Venezolana. Luego ingresó al Servicio Exterior Mexicano y fue enviado como encargado de negocios a Honduras, para después ser nombrado secretario de la embajada de México en Filipinas. Posteriormente se trasladó al Perú y, finalmente, a Berna, en donde la Universidad de Friburgo le concedió el doctorado en Letras suma cum laude.

En El fin de la esperanza, de 1948, Bernal plantea los excesos de la posrevolución. Para sus personajes, "tener la razón vale un carajo, lo que importa es tener cuates". El país vive dentro de un sistema amigocrático donde los proyectos se planean, se organizan y se ejecutan en las cantinas. *El fin de la esperanza* es una novela histórica estremecedora y pesimista, un texto desesperanzador. En este sentido la narrativa de Bernal se emparienta con la de Revueltas; si la poética de éste es moridora la de Bernal es sufridora, aguantadora; sus personajes tullidos y virtualmente sordos y ciegos son un puro nervio dolorido que sufre, aguanta y ve pasar la vida a la sombra de un mezquite en un páramo polvoso dentro del jacal alumbrado por destellos moribundos del comal sin maíz.

Por ello, nos dice Torres, esta novela está llena "de momentos terribles en un imaginario poblado que se llama, no gratuitamente, Galeras"; donde la gente sufre todos los reveses que pudo deparar la historia mexicana de los siglos XIX y XX, desde la Guerra de Reforma que despojó a los clérigos de sus propiedades y los terratenientes porfiristas que impusieron las tiendas de raya hasta la Revolución que inventó más abusos y más sangre, y luego la Cristiada, que trajo el sufrimiento en el nombre de Dios.

El fin de la esperanza, desde su título, nos lleva a la convergencia de al menos tres sentidos, uno más inquietante que el anterior: por un lado, este título puede leerse como el final de la esperanza cierta y veraz, el momento en el que, por fin, llega la ilusión que se anhelaba; por otro lado, es posible leer el título como el momento en que la esperanza muere, el punto en el que la esperanza se acaba y deja de ser una confianza y un consuelo de aliento para convertirse en lo contrario: en pura desesperación y abatimiento por la imposibilidad de lograr el anhelo; finalmente, el título nos lleva, también, a preguntarnos —en un tercer sentido— cuál es la finalidad de la esperanza y, si la esperanza como tal, tiene algún sentido. No en balde en la *Divina Comedia*, a la entrada del vestíbulo infernal se lee una frase que reza: "Abandonad toda esperanza aquellos que entréis aquí".

En esta novela no se menciona la ubicación exacta de Galeras, el pueblo donde se desarrolla la acción, aunque en la asamblea campesina que discute la utilización del "rifle sanitario" para acabar con la epidemia de fiebre aftosa mediante el sacrificio del ganado el comerciante que toma la palabra señala que muchos campesinos se fueron armados para el cerro, y que "por Michoacán anda una partida de más de mil". Sabemos, sin embargo, que la novela se ubica al centro de la República, y que por ahí pasan los cristeros durante el levantamiento armado. Curiosamente, Filiberto García, el personaje narrador en *El complot mongol*, resulta nativo de Yurécuaro, Michoacán; lo sabemos así cuando cita una décima de su tierra natal: "Si de chico fui a la escuela/ y de grande fui soldado/

si de casado cabrón/ y de muerto condenado/ ¿Qué favor le debo al sol/ por haberme calentado?"

No deseo terminar esta nota que se suma a las que se han redactado para su centenario homenaje sin dejar de mencionar que Rafael Bernal fue un escritor de inquietudes y preocupaciones, y para lidiar con todas ellas —la selva, la religión, la defensa de los oprimidos, el mar, la indefensión del hombre frente a la naturaleza o ante el sistema— tuvo que plasmarlas en una serie de libros. Esta generosa herencia, invaluable, nos permite disfrutar de la excelente calidad de una narrativa que se fortalece año con año.

Bernal falleció en Berna el 17 de septiembre de 1972 y, veinte años después, sus restos son exhumados para atravesar, en un último viaje, el océano tan querido y ser depositados en una cripta de la Catedral Metropolitana. Su biblioteca particular fue donada al Instituto Nacional de Antropología e Historia en 2008.